CAPÍTULO VI.

Importancia de la teología en las escuelas cristianas de otros tiempos.

—Carácter un tanto dogmático de la teodicea escolástica.—Inconvenientes y ventajas de ese carácter en los estudios de filosofía.—Su influjo en el modo de pensar de Fr. Luis.—Apreciaciones de Fr. Luis y de las escuelas españolas sobre el alcance de la razón natural en el conocimiento de Dios.—Doctrina del M. León y de la Escuela acerca de los divinos atributos.—Atributos absolutos.—Atributos relativos.

armonía con el espíritu de la época, que á pesar de los trastornos de que había sido testigo, conservaba aún vivísimo el carácter religioso de edades pasadas, los filósofos del siglo xvi no podían olvidarse en sus escritos de que eran cristianos. Por un orden naturalísimo, que la impiedad de nuestros tiempos se empeña en desconocer, como Dios se les presentaba en el último y más perfecto grado de la escala de los seres, dominándolos y comprendiéndolos á todos, así veían en la teología, en la ciencia de Dios, la clave y complemento de todas las demás ciencias, de las ciencias de las cosas; y en conformidad con estas sus apreciaciones, su estudio favorito y el que anteponían á todos los otros, si no de hecho, en el afecto y estimación, era el de la Sagrada Teología. Dentro de semejante modo de pensar, común á todos los pueblos de la Europa cristiana, cabía el más y el menos, y así nuestra

España, sobreponiéndose á todos, se conquista un nombre envidiable en el cultivo de la reina de las ciencias y en el sabor cristiano de sus estudios.

En su afán por dar á la religión la importancia que realmente le corresponde en nuestros estudios, los teólogos españoles del siglo xvi lo llenaron todo; y hoy no podría aducirse una escuela notable de las conocidas ó formadas en aquella época, que no lleve á la cabeza ó en sus primeras filas autores nuestros de nombre tan castizamente patrio como los Molina, Báñez, Suárez, Ponce de León y tantos otros. Y por lo que hace al carácter religioso que supieron imprimir en sus escritos, bastará echar una ligera mirada sobre los excelentes cursos filosóficos que nos han dejado, para advertirle, aun en las cosas más ajenas de él: nuestros ingenios no sabían tratar de las formas de la argumentación, sin extenderse á hacer aplicaciones de ellas á las consecuencias del dogma; en metafísica, el extravío de Aristóteles al incluir en el estudio de la filosofía elemental — prima philosophia — la idea de Dios, dábales ocasión para formar un tratado magnífico de Teodicea; complacíanse grandemente en los tratados físicos en poner á la vista las grandezas del poder divino y en concordar los principios naturales con nuestros misterios religiosos más sacrosantos, formando singular empeño en trabajos especiales, como los de Vallés y Bustamante de la Cámara. en traer á estos asuntos las luces de la revelación; y por último, al hablar del hombre en los famosos libros De anima, parecíales imprescindible dirigir sus miradas á nuestra vida de ultra-tumba, escribiendo largamente sobre el alma separada del cuerpo. Confesamos que algunas de estas cosas no les eran exclusivamente peculiares, pero aun en el modo de tratarlas se distinguieron por su espíritu religioso,

WIST

y merecen por ello mención especial. Nuestros renacientes de diversos colores tampoco supieron sustraerse á este espíritu: la reforma de estudios propuesta por Vives es eminentemente cristiana (1), y si no fuera ajeno del presente estudio, se mostraría aquí la gran barrera que semejante carácter religioso puso entre nuestros renacientes y los de otras naciones.

Es cierto que no todos esos efectos de la piedad de los filósofos del siglo xvi pueden aprobarse, ni menos ser imitados sin discreción, aunque siempre hallarán razonable disculpa en un ánimo sinceramente cristiano é imparcial: convertir en teológico un tratado filosófico, ó á lo menos presentarle feamente abigarrado con largas disquisiciones teológicas, siempre estará en escasa armonía con la precisión y el buen gusto, como llegaron á conocerlo algunos ilustres autores nuestros de aquel siglo. Pero los que se asen de este acatamiento de nuestros filósofos al dogma cristiano, para hacerles inculpaciones gravísimas, pecan por su vicio más común, que es el de la exageración. En primer lugar, semejante acatamiento no era servil, como puede verse, no ya en los tratados de filosofía, donde, sin desprenderse de los recursos de la fe, hablan de ordinario con el lenguaje de la razón, sino en los mismos de teología dogmática: las cuestiones de Vázquez en sus comentarios de Santo Tomás, y las de Ponce de León sobre la omnipotencia divina, son eminentemente filosóficas. La fe, por otra parte no extiende sus conclusiones á todos los modos como puede ser considerada la idea de Dios, y aun entonces cuando pone su veto severo é ineludible á la audacia humana, deja anchísimo campo á las investigaciones de ilustración. A nadie parecerá extraño este acatamiento al dogma en los estudios de teología donde es claro que la fe sirve de fundamento primero y casi único á la investigación del sabio; mas si se atiende al pobre y enmarañado patrimonio que en este punto nos ha trasmitido la antigüedad pagana, se nos ofrecerá como utilísimo y casi ineludible en la misma filosofía: seguramente, la filosofía nunca agradecerá como es razón los muchos é irremplazables servicios que aquí debe al dogma cristiano.

En cambio ese acatamiento ha producido otros bienes, no insignificantes. Los límites señalados por la fé á nuestra curiosidad, ha hecho que el defecto de la sutileza, si no desconocido, y aun por desgracia bastante común, sea aquí más raro que en otras materias. No á todos los lectores parecerá exacta esta nuestra apreciación, y se traerán como ejemplo de lo contrario las disquisiciones elevadísimas á que se entregaban los teólogos del siglo XVI, en la explicación de los misterios más profundos del dogma cristiano; mas sin defenderlas incondicionalmente, cuéstanos trabajo tildar de sutilezas disquisiciones que nos han abierto por medio de mil dificultades un camino llano, merced al cual séanos hacedero hablar con precisión en materias que en cuanto consecuencias del dogma, no reciben inmediatamente su luz clarísima, y en cuanto ligadas

"Quocirca reliquae artes ac disciplinae omnes, religione excepta, pueriles sunt lusus...,—De tradendis disciplinis, libro I, cap. II.

⁽¹⁾ Véase cómo pensaba Vives de la mayor ó menor utilidad de las ciencias: "Jam erat longissime evecta infrenis aviditas sciendi, quum in medio tamen curriculo coepit per excellentissima quaedam ingenia retineri mentis ille impetus, ut parumper dispiceret ¿quae tamdem esset futura tan anxii atque effusi cursus meta, quod proemium tam perpetui laboris?... Pulcherrima... quaestio et ingenio nostro multo dignior congruentiorque, quam de modo vel materia coelorum, de viribus stirpium aut lapidum...

THE STATE OF

W.

con él de un modo bastante intimo, exponen á caer en graves errores. La opinión pública de hoy piensa ya de muy otro modo que años atrás, y echa de menos las profundas disquisiciones de nuestros antiguos teólogos, sacrificadas á las exigencias de un sentir común extraviado. Claro es, como hemos indicado antes, que la sutileza no era desconocida en los trabajos teológicos, así dogmáticos como de filosofía: Cano se refería á ellos principalmente en sus inculpaciones á la doctrina antigua, y es asímismo indudable que no habían de estar enteramente libres de un defecto, aún tan general en la filosofía del siglo XVI, y dentro de ésta, en la de la Escuela; pero ha de concederse, si no hemos de cerrar los ojos á los hechos, que la sutileza de los teólogos en este punto no es comparable á la de que nos dan ejemplo en materias puramente filosóficas. La diferencia de sutileza entre las disquisiciones de nuestros teólogos del siglo xvI y las de Lulio y su escuela, que nadie negará ser grandísima, nace de la diferencia del influjo que dan en sus respectivas teorías á las enseñanzas del dogma.

Otro bien es el de moderar la confianza en el testimonio humano: las recriminaciones de Cano y otros autores ilustres podrán ser tan fundadas como se quiera, pero la verdad es que Aristóteles y Platón sienten muy atenuado su poderío en estas materias. Los graves errores en que aquí cayeron fueron causa del descrédito y desconfianza con que siempre se los miró, y éstos á su vez, origen de la frialdad con que se aducen sus opiniones, con frecuencia erróneas. El afecto hacia Aristóteles y otros ilustres sabios de la antigüedad movió á nuestros filósofos á buscar alguna explicación á las apreciaciones falsas en que cayeran, y á concordar con los principios de la filosofía cristiana aquellas otras teorías en que estuvie-

ron menos desacertados; pero frecuentemente no pudo hacerles pasar más adelante todo ese afecto. Cuando no fuera sino por la novedad de las luces traídas aquí por el dogma cristiano, nuestros filósofos tendrían que haberse desentendido en muchos puntos del maestrazgo de Aristóteles; y si á la novedad se añade el ser con frecuencia la filosofía cristiana rectificación de la de las academias gentiles, se comprenderá el que los comentarios cedieran en esta parte las veces á las impugnaciones, más ó menos declaradas.

Mas si es cierto que nuestros sabios del siglo xvi trataron de Dios, más bien como teólogos que como filósofos, y que aun hablando como filósofos, no perdieron nunca de vista las enseñanzas del dogma cristiano, proceder á todas luces justo y razonable siempre que se ciña á sus debidos límites; es asímismo indudable para quien tenga alguna idea de nuestra filosofía del siglo xvi, que no dieron enteramente al olvido los principios de la teodicea natural. No sabemos que filósofo alguno nuestro de aquella centuria juzgase competer à la metafísica, tal como se entendía entonces esta parte de las ciencias filosóficas, estudiar exclusiva ó principalmente la idea del ser divino, en representación de la de las cosas creadas, como algunos querían; mas siguiendo el método de Aristóteles modificado por las propias creencias religiosas, dieron no corto espacio en sus libros de metafísica al estudio de la divina naturaleza. Es inútil buscar en nuestras escuelas del siglo xvI tratados puramente filosóficos, escritos con el único objeto de estudiar la idea de Dios á la luz de la razón humana; pero en los trabajos sobre metafísica de Fonseca, Vázquez, Suárez y otros ilustres sabios nuestros de ese siglo hallarán nuestros lectores planteados y resueltos magistralmente los problemas todos de la teodicea cristiana de nuestros días.

Las aficiones y espíritu religioso del siglo xvi vense retratados, como en pocos, en nuestro Fray Luis de León: en todo el curso de este estudio se habrá observado repetidas veces, y hemos de hacerlo ver más adelante, al señalar los caracteres particulares de su modo de pensar; baste advertir por ahora que dió la preferencia en sus especulaciones á las del Ser divino, en cuya contemplación gustaba de abismar su pensamiento. Y ciertamente, no una disertación ó un breve estudio, todo un libro no sería cosa extremada para poner en claro los grandes servicios que á nuestro sabio deben las ciencias eclesiásticas y entre ellas la teología (1). Prescindiendo de sus trabajos de traducción é interpretación de los sagrados libros, que le merecen ir al igual del gran Arias Montano, y de sus opiniones sobre la Vulgata, entonces delicadas por las circunstancias de los tiempos y hoy prueba insigne de su claro juicio en la aprobación con que las reciben las escuelas católicas; las varias y singulares opiniones sobre diversos puntos teológicos que nos ha dejado en sus escritos, ó han cuidado otros de trasmitirnos en los suyos, son claro argumento de la predilección con que miraba á la reina de las ciencias, á la par que de su ánimo piadoso; aunque desentendiéndonos de ellas, sin dejar de ponerlas alguna vez á contribución, aduciremos más bien sus preciosas observaciones sobre teología natural.

Fr. Luis ha hecho repetidas veces inocentes excursiones por el campo de la razón en busca de explicaciones de grandes misterios, que no las tienen cumplidas en el orden natural; mas su criterio y el carácter común de sus ideas son los propios de un pensador cristiano. Con la sencillez y rendimiento de juicio que tanto encantan en los grandes ingenios, declara Fr. Luis impotente al entendimiento del hombre, para comprender las divinas grandezas, comparándole á nave desvalida en medio de las inmensidades del Océano (1), y no se desdeña de reproducir el pensamiento del insigne Obispo de Hipona, quien decía que la única razón de muchas obras de Dios es el ser su autor de infinito poder (2).

⁽¹⁾ Aún están inéditos la mayor parte de los trabajos latinos de Fr. Luis. La Revista Agustiniana ha prometido publicar algunos y con este propósito, ha logrado proporcionarse copia de los que existen hoy en poder de la Academia de la Historia; pero hacía falta una edición esmerada y completa, acompañada de ilustraciones á cada uno de ellos y especialmente á los que causaron mayor ruido en vida del autor. ¡Quiera el cielo que el interés, cada día creciente, con que se mira al insigne Agustino llame al fin sobre este punto la atención de los doctos, y se le dedique insigne monumento, que sirva de corona á aquella su rara modestia y humildad con que veía indiferente luciesen otros con sus trabajos!

^{(1) &}quot;Porque, Señor, sin tí ¿quién podrá hablar como es justo de tí? ¿O quién no se perderá en el inmenso océano de tus excelencias metido si tú mismo no le guías al puerto? Luce, pues, o solo verdadero sol, en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo della juntamente, y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarescido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, sino como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido.,—Nomb., lib. 1, introducción, tom. III, pág. 16.

^{(2) &}quot;Bien dice San Augustín—Epíst CXXXVII, n. 8—que en estas cosas, y en las que son como éstas la manera y la razón del hecho es el infinito poder del que lo hace. En qué manera se hizo Dios hombre? porque es de poder infinito. Cómo una misma persona tiene naturaleza de hombre y naturaleza de Dios? porque es de poder infinito. Cómo cresce en el cuerpo y es perfecto varón en el alma? tiene los sentidos de niño, y vee á Dios con el entendi-

208

網長

A pesar de todo, este sentir sobre la cortedad de nuestro entendimiento, también difiere en gran manera de aquel otro en que se trata de negar insensatamente las fuerzas naturales de la razón humana (1): v así se ve al insigne profesor salmantino reconocer los fueros de ésta cuando habla de Dios dentro del orden natural.

La fe ardiente de aquellos tiempos, que en su necesidad de creer no sabían desechar un dogma sin acogerse á otro, nunca á la indiferencia, hacía que el ateo, en el sentido más común de la palabra, fuese un ser singular y casi inconcebible. No sucedía lo mismo con ese otro ateismo práctico, que consiste en relegar de nuestras obras el recuerdo de Dios, y así vemos ya á nuestros filósofos del siglo xvi quejarse amargamente del carácter impío que iban tomando las ideas, la política y las costumbres (2). Fr. Luis protestó enérgicamente contra ese olvido de Dios que veía siempre unido con el mal obrar; y si por algo desaprobaba el movimiento literario de su época, era ante todo, por el espíritu pagano que querían algunos infundirle (3). Aparte de estas tendencias prácticas de ateismo, y sin rozarse en nada con ellas, la Escuela había suscitado y venía sosteniendo sobre la existencia de Dios, en cuanto objeto de nuestro conocimiento, mil cuestiones, que no nos atrevemos á tildar de vanas, por cuanto, entre otras utilidades, tienen la de determinar el alcance de las fuerzas naturales de la razón, deslindando su campo del de la fe. Idea comunisima la de Dios y una de las que contribuyen á echar los fundamentos al orden moral, ya entonces, ó entonces como nunca, se disputaba sobre su naturaleza y origen, sobre el grado de cognoscibilidad de Dios que supone y, en fin, sobre á qué género de medios cognoscitivos compete certificarnos de la existencia divina.

No nos habla nuestro sabio de todas estas cuestiones; pero débensele pensamientos preciosos sobre casi todas, los cuales nos permitirán conocer, más ó menos abiertamente, su sentir sobre ellas. A pesar de las especiales simpatías que por razón de hábito v escuela pudieran inclinarle á ver en la idea de Dios una idea innata ó connatural al hombre, su lenguaje nos mueve á creer que prestaba el apoyo de su autoridad al sentir opuesto. El insigne profe-

miento? se concibe en mujer y sin hombre? Sale nasciendo de ella, y la dexa virgen? porque es de poder infinito., -Nomb., lib. III, HIJO, tom. IV, pag. 52.

⁽¹⁾ Sin esa insensatez, sino con exageración piadosa, parece haberse inclinado Arias Montano á no reconocer en la razón humana fuerzas suficientes para elevarnos al conocimiento de Dios.—De histor. gener. humani, lib. I, capitulo II.

⁽²⁾ Vázquez, Disputationes... disputat. XIV, cap. I.—Rivadenevra, Tratado del Príncipe cristiano, introd.-Márquez, El Gobernador Cristiano.

⁽³⁾ Hablando de los malos libros de su época, escribe: "Y á la verdad, si queremos mirar en ello con atención, y ser justos jueces, no podemos dexar de juzgar, sino que de estos libros perdidos y desconcertados, y de su lición,

nasce gran parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres; y de un sabor de gentilidad y de infidelidad, que los zelosos del servicio de Dios sienten en ellas, que no sé yo si en edad alguna del pueblo christiano se ha sentido mayor, á mi juicio el principio y la raíz y la causa toda, son estos libros... Por lo qual, como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas, que despierten las almas ó las encaminen á la virtud, en este tiempo es ansí necesario, que á mi juicio todos los buenos ingenios, en quien puso Dios partes y facultades para semejante negocio, tienen obligación à ocuparse en él., - Nomb., introducción, tom. III, pág. 6.

sor salmantino explica el conocido texto de San Pablo, *Invisibilia Dei*... en la acepción más común (1), y lo mismo parece desprenderse de otros varios pasajes (2). En orden á los medios de conocer de que se puede echar mano en busca de pruebas de la existencia divina, Fr. Luis se servía de todos, así naturales como metafísicos, sin determinar su grado de suficiencia, asunto que dió no poco que hacer á los doctores escolásticos (3), aunque sí la predilec-

(1) "Scientia rerum naturalium non videtur quare dicatur pessima res, sed potius illius studium habetur honestissimum; quod probatur 1.º, quia ex cognitione rerum naturalium fit gradus ad cognoscendum Deum, ut liquet ex illo ad Romanos, Invisibilia ..., -In Ecclesiast., cap. 1, versiculo 13, Ms. de PP. Trinitarios. - "Ista ratione coeli dici possunt liber naturae et sidera literae in quibus omnes studere et legere valeant et docti evadere et theologi id est, Dei cognitores "-In Psalm. XVIII, ver. 1.º, ms. de S. Felip.—Ignoramos si es de Fr. Luis esta exposición: se halla en dicho ms. con otras que lo son ciertamente. En el siguiente pasaje nos describe la idea que aqui tenemos de Dios. "Por lo qual-estar Dios escondido de nosotros-convino, ó por mejor decir, fué necesario que entretanto que andamos peregrinos del en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta, ni se junta con nuestra alma su cara, tuviésemos en lugar della en la boca algún nombre, y en el entendimiento alguna figura suya; como quiera que ella sea imperfecta y escura, y como S. Pablo llama, enigmática... Los Nomb.—tom. III, pág. 31.

(2) In Cant., cap. I, pags. 44 y 70; cap. viii pag. 339.—
Panegyr. Div. August. En el primero de estos lugares—In
Cant., pag. 44—escribe: "Non enim possumus pedem ponere
nisi in aliquo illius—Dei—vestigio: quidquid intueamur,
quocumque convertamus nos, certatim ex omni parte confluunt, et in oculos nostros incurrunt variae ac multiplices
divinitatis species, quae nos commovent et, nisi simus plane stupidi, accendunt amore Dei, sicut scriptum est: Coeli
enarrant..., y en el segundo—In Cant., 70—dice claramente: "Testatur quidem certe omnis natura Deum esse...,

(3) Entre nuestros filósofos, Suárez tomó singular parte en esas cuestiones, decidiéndose por el sentir que hacia

ción propia hacia alguno de ellos. No creía ajeno del teólogo buscar en las regiones más elevadas de la filosofía testimonios de Dios, y él mismo parece haberlos invocado más de una vez, si hemos de tomar en sentido obvio algunos lugares de sus obras; pero gustaba especialmente de interrogar á la naturaleza. Sea por esta su predilección hacia los argumentos naturales ó porque no se aviniesen con su solidez de juicio, Fr. Luis no adujo, que sepamos, ciertas pruebas, más bien de ingenio que de verdad de apreciación, que ha hecho célebres el nombre de sus autores.

Con esto se nos abre paso para averiguar qué pensaba, comoteólogo y filósofo á la vez, de la comprensibilidad del Ser divino con relación alentendimiento creado. Fray Luis pone, ante todo, fuera de duda la imposibilidad de éste para elevarse por sí mismo á un conocimiento de Dios adecuado y completo (1), que es lo que por la palabra comprensión entiende comunmente la Escuela; y si bien no dice que nuestro entendimiento se vea en el mismo caso para subir á la comprensión de Dios por obra sobrenatural, además de ser este el sentir común de los filósofos de su tiempo (2), puede servir de indicio de que lo creía

exclusivamente propio del metafísico el demostrarla existencia de Dios; pero juzgaba no poderse demostrar a priori. Metaphysic. disputat., disput. xxxx, sec. 1 y III.

(1) Además de los lugares antes citados, véanse Nomb.,

tom. III, pág. 34, tom. IV, pág 158.

⁽²⁾ El P. Guevara, ilustre filósofo y teólogo Agustiniano, en una lectura sobre las palabras Deum nemo vidit unquam, que tuvo en Salamanca supliendo á su aprovechado discípulo Fr. Luis de León en el curso de 1581, resumia su pensamiento sobre este punto en las siguientes proposiciones: "...Sit 1.ª propositio: Nulla pura creatura potest ex suis solis naturalibus (viribus?) videre Deum per suam essentiam. Per hanc conclusionem, non solum in-

WEST STATE

así el límite que pone á nuestro conocimiento del Ser divino en la bienaventuranza (1). Consecuente con su doctrina sobre la naturaleza del concepto de Dios, no cree que nuestro entendimiento, dejado á sus propias fuerzas, pueda en esta vida llegar á ver

tendo asserere et affirmare quod nulla pura creatura potest ex solis viribus naturae mereri aeternam beatitudinem, sed etiam quod, suppositis meritis, non potest ex solis viribus naturae et de se videre ipsam divinam essentiam. -2.ª conclusio: Secundum legem communem et ordinariam, non potest aliquis purus homo, quamdiu est in hac vita mortali, etiam virtute supernaturali Dei, videre Deum per essentiam. - 3.ª conclusio: Visione comprehensiva, nullus intellectus creatus potest videre Deum, etiam de potentia Dei absoluta.-4. a conclusio: Deus potest per suam essentiam videri ab homine et ab Angelo, non quidem ex solis viribus naturae ipsorum, ut definitum est in 1.ª conclusione, nec ab homine viventi hanc vitam mortalem secundum legem communem et ordinariam, ut habetur in 2.ª conclusione, nec visione comprehensiva, ut habetur in hac 3.ª conclusione; sed potest videri, et de facto videtur, ab omnibus beatis, mediante lumine gloriae, elevante illorum intellectum ad visionem ipsius divinae essentiae., Se halla esta lectura al final del tomo de mms. de Fr. Luis que citamos en la presente obra con la señal: Ms. de PP. Trinits. Son también muy notables las observaciones que hacen Fonseca y Suárez á este propósito, distinguiendo entre idea comprensiva y quiditativa de Dios. -In Metaphysic. Aristot., lib. II, cap. I, cuest. II. - Metaphysic. Disputat., disp. xxx, sec. xII.

(1) "Y por esto dice S. Juan en el libro del Apocalipsi, que Dios à los suyos en aquella felicidad, demás de que les enjugará las lágrimas, y les borrará de la memoria los duelos pasados, les dará à cada uno una piedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el qual sólo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados; que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno.,,—Nomb., lib. I, tom. III, pág. 32.

la divina Esencia con mirada simple, es decir de un modo intuitivo (1); no lo niega como obra sobrenatural, aunque en el hecho se muestra poco propicio á admitirlo fácilmente (2); y decláralo verdad inconcusa en el bienaventurado, para quien Dios mismo, y no imagen suya de ningún género, servirá

(1) En un lugar dice que el nombre de Dios era necesario, una vez nacido el hombre, "que le podía entender y no le podria ver en esta vida, —Los Nomb., tom. III, pág. 33; — en otro, pintando comparativamente esta vida y la del cielo, que "aquí se imagina y allí se vee.,—Allí, pág. 106;— y en otro escribe: "Y como al sol juntamente le vemos y no le podemos mirar (vémosle, porque en todas las cosas que vemos miramos su luz; no le podemos mirar, porque si ponemos en él los ojos, los encandila) ansí de Dios podemos decir que es claro y escuro, oculto y manifiesto. Porque á él en sí no le vemos, y si alzamos el entendimiento á mirarle, nos ciega: y vémosle en todas las cosas que hace, porque en todas ellas resplandesce su luz.,— Los Nomb., tomo IV, página 42.

(2) "... algunos dicen que este nombre, Jehovah, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y Verbo divino que dentro de si engendra entendiéndose, y que esta palabra que nos dixo y que suena en nuestros oidos, es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprehensible que nasce y vive en su seno; ansi como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero como quiera que aquesto sea, quando decimos que Dios tiene nombres proprios, ó que aqueste es nombre proprio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre, o nombre que abraza, y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el ser proprio y otro es el ser igual o cabal. Para que sea proprio, basta que declare de las cosas que son proprias á aquella de quien se dice alguna de ellas; mas si no las declara todas entera y cabalmente, no será igual. Y ansí á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale; como tampoco le podemos entender como quien él es..., Los Nomb., tom. 111, pág. 34; tom. IV, pág. 157. 214

de objeto inmediato de visión (1). Según lo cual, v conforme á su principio de que la palabra no llega á donde no llega el entendimiento, juzga nuestro sabio que ni los nombres que nosotros aplicamos á Dios. ni los mismos que le da la Sagrada Escritura, pueden expresarnos la Esencia divina en toda su comprensión: aun da aquí nuestro sabio indicios nada oscuros de no aprobar el sentir de aquellos que. juzgando encerrarse mayor exactitud para la expresión de las cosas en las palabras que en las ideas, creían poder darse nombres propios de Dios, sin que en el entendimiento humano existan conceptos que nos le representen con esa propiedad; sentir que tampoco agradó á otros ilustres filósofos nuestros de aquella centuria (2). Resumiendo, pues, la doctrina del insigne Agustino sobre la cognoscibilidad del Ser divino respecto del entendimiento humano, habrá de concluirse que en nuestras condiciones presentes Dios nos es incomprensible, invisible é inefable.

A pesar de los misterios con que en esta vida se nos muestra Dios, y de otras muchas dificultades que hacen más lamentable la cortedad de nuestro entendimiento, dificultades y misterios que han

movido á decir á la filosofía cristiana que conocemos á Dios más por lo que no es que por lo que es; ni Fr. Luis ni nuestros otros filósofos, como ningún filósofo cristiano, han dado en el extravío de pensar que nuestro conocimiento de Dios no pasa de saber que existe. No tenemos del Ser divino una idea adecuada y comprensiva, ni nuestras calificaciones de sus propiedades son cabales en expresión de Fr. Luis; pero nombre é idea son propios, y bastan para darnos un conocimiento de Dios preci-

so, y aun á su modo completo (1).

Oscura como es para nosotros la divina naturaleza, el hombre se ha visto precisado al hacerla objeto de su estudio y contemplación, á echar mano de las semejanzas de sí que deja en sus obras, y por el principio de no extenderse la virtud de un efecto á más de la que puede comunicarle su causa, ver en Ella todas las perfecciones que en éstas se nos ofrecen á los ojos. De aquí que entre los teólogos y filósofos de las escuelas cristianas sea común señalar dos procedimientos en el conocimiento de Dios, que designan respectivamente con los nombres de negación y analogía. Por tales medios, y sin perder nunca de vista la luz de la revelación, han designado primeramente, las notas especiales que

(2) Fonseca, quien le impugna detenidamente. - In Metaphysic. Aristot., lib. II, cap. I, cuest. II, sec. IIII. - Suárez, Metaphys. disputat., disput. xxx, sec. xIII.

^{(1) &}quot;Porque quando volare de esta cárcel de tierra, en que agora nuestra alma presa trabaja, y afana como metida en tinieblas, y saliere á lo claro y á lo puro de aquella luz, el mismo que se junta con nuestro ser agora, se juntarà con nuestro entendimiento entonces, y él por si, y sin medio de otra tercera imagen, estará junto á la vista del alma, y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere del, esto es, con el mismo El, ansi y de la misma manera como le conociere., -Los Nomb., tom. III, pags. 31-32.

^{(1) &}quot;... licet non concipiamus Deum distincte et secundum propriam repraesentationem ejus,-escribe Suáreznihilominus, vere concipimus ipsum conceptu directe et immediate repraesentante ipsum vel perfectionemaliquam ut propriam ejus.-Metaphys disputat., disp. xxx, sec. XII. -Y Fonseca, dándolo por cosa común, dice: "Illud deinde concedendum est, quod a Theologis tradi solet, posse de Deo haberi, etiam in hac vita, conceptum proprium et peculiarem, quique in rem aliam convenire nequeat, cujusmodi sunt conceptus entis infiniti simpliciter, actus puri, causae primae et alii similes.,,-In Metaphys. Aristot., libro II, cap. I, cuest. II, sec. III.